

Las nomeolvides.
Un vestido, el verano.
Tu desnudez.

Abre los muslos
otra aurora
despierta al mundo.

Sea el silencio
caliente, oscuro
de los cuerpos dormidos.

La gubia entró
en el corazón negro
de tu madera.

Ella amanece,
Trae el alba
bailando en las pupilas.

Despertarás
y nada será tuyo.
Sí, la alborada.

Por el camino
de los nogales
vos, yo, la inmensidad.

Dentro de mí
la lejanía.
Fuera vos, la lejana.

Mueven el mundo
soles y lunas
¿A ella y a mí también?

Nievan los pétalos
de guindo. Caen
desde tu cielo blanco.

Qué suerte, amiga
A mi ventana
vos y el cerezo en flor.

La mar, su mar, cantiles
cuevas. Águilas.
Baila desnuda.

Es para mí la danza
el descalabro
de tu hermosura.

Flotante flor
ahogada derivando
recién abierta.

Hay un telón
que separa la vida
de los adioses.

No darlo vuelta.
Es lo que fue:
alas de mariposa.

Las despedidas
abren andenes
y besos fantasmales.

Sobre el tablado
una loca alegría
que nadie aplaude.

Cómo volver
al cuerpo deseado
de ayer, de nunca.

En otro escenario,
fuera de toda farsa,
muere el actor.



Cien rosas blancas
cientos de amapolas
hoy, todavía.

Haga sufrir y llorar.
No consuele.
Propague el hábito.

De la memoria
flores del almendro
caen y caen.

Todo es olvido
menos los ojos
y las manos. Tus manos.

Incomprensibles muertes
y mucho más
tu viva muerte.

Las ciegas fuerzas.
La humillación aceptada.
Vida. La vida.

Algo quedó
en la azótea:
el sagrado vacío.

No las invento.
Me inventan el júbilo
y la tristeza.

Alguien está
en el centro vacío
del universo.

Vendrán veranos
muy ciertos de amapolas
aunque no estés.

Vuelan en llamas
mágicas flores.
Remontaré otro octubre.

Es verdadero
el inútil silencio
primaveral.

(El poeta) Cuando está loco
por el camino viejo
levita ingrávito.

Alas plegadas
hojas en blanco
del cielo nunca escrito.

Acorralado
desorbita su miedo
acuchillándose.

No habrá Dios
que anticipe las horas
ya venideras.

Ah, el tiempo. El tiempo
se me convirtió en horas,
en pesadilla.

Espectro. Espectros.
Ardores repentinos:
presencia y ausencias.

Helechos, hongos,
roca. También
el infinito muere.

En la terraza
la soledad
serena se suicida.

Sonoro el viento.
La primera amapola
que me reclama.

Poeta ciego
aprendiz de bufón.
El rey te espera.

Hizo un altar
de arena en el desierto
de pura arena.

Morir sin nadie,
sin noche y un mañana
la mesa puesta.

Salvar del sueño al juego,
las imágenes
y el sol, al sol.

Comida y perros.
Aullido y silencio;
¿a quién espero?

Si alguien murió
y si algo está naciendo
¿quién es o qué?

La mucha realidad
atropella y la acepto
como bien inesperado.

La enamorada
de nadie canta
viejos cantos de amor.

Del color, el silencio, la luz,
este sillón, el inquieto
dejar me en la nada.

Nubes viajeras, patos y gansos salvajes,
el arroyo del silencio.

Los bienes y las penas, los cuatro horizontes.

Obró en consecuencia: huerto, jardín, amores,
los frutales posibles.

Florecieron bajo la nieve
el lirio azul y el azafrán violeta.

El verano entrevera el pecho rojo de las lloicas,
la flor del salsifí,
la quietud olorosa de las bestias en paz.

La poesía.

Nuevos, anchos caminos
al imperio del sol
de las repetidas historias
desvivido, se fue deseando.

No bastan las tierras de promisión.

*

El poema, larvas, larvas.

Uno a uno, larvados versos,
la huella infinita. Habitualmente roe, roe.

Habitualmente, aquí estoy
camino de las larvas.

La huida es el sitio. Era mi sitio.

*

La mesa, el jarrón, ella, llegando
y sin nombrarlas
ciertas presencias, aceptables o no.

Sigo. Siguen siendo.

Y dentro de poco,
el invierno
inexorable.

Creo que ningún lugar es nuestro sitio,
existo:

larvas, redes,
victorias y fracasos.

Rutas invisibles,
la resistencia,
la débil seguridad de nuestros dioses,
el augurio de la muerte.

Muramos entonces.

Una torcaza, aquí, allá, o en ningún sitio,
volará de mis ojos.

Su vuelo es canto
de río, de viento, de quietud
silenciosa, lejana.

Casi abril. Siguen las amapolas y mientras,
cuento unidades: una, dos, diez,
veinte, cien, miles de personas
mueren reventadas en plazas, puentes y calles.
Paseaban, dormían, juntaban recuerdos.

Levanto la vista. Maduran las manzanas
y de oro se ponen los membrillos.

Obligado a recordar:

Nelfa y yo,
el camino al faldeo, el amor.

Bajo la vista: el cuaderno, los años,
la necesaria y obligada soledad; llueve
y la lluvia me devuelve la paz.

Quietos los abedules
y muy gris el cielo de la ventana.

Raro.

Ningún vuelo y el silencio
tomándolo todo.

Caminaré las pocas cuadras que soy capaz de andar
ahuyentando escombros.



*Estos poemas pertenecen a "El libro de Don Levi"
con prólogo de Ivonne Bordelois
y Post Scriptum de Miroslav Scheuba
Fondo Editorial Rionegrino (FER), 2016*

*Ilustración: Rodolfo Venzano (El Bolsón, Río Negro)
"Vista desde la esquina de Hube y San Martín"
Acuarela 40 x 65cm. 1957*

Ediciones Desmesura
pablojavierrgil@yahoo.com.ar
Nº93 - Julio de 2018
San Carlos de Bariloche



POEMAS DE
EL LIBRO DE DON LEVI
LEVI FREISZTAV

ACUARELA
RODOLFO VENZANO